

IGNACIO¹

Dominic Milroy (+), OSB²

Nota introductoria: «Ignacio Justino Eguiguren Cosmelli nació en 1985 en Santiago de Chile, hijo de María de la Luz Cosmelli y José Manuel Eguiguren, fundador del Movimiento Apostólico Manquehue. Al año de vida se manifestó una enfermedad metabólica que lo dejó drásticamente discapacitado físicamente pero completamente consciente e intelectualmente sano. Toda su vida fue atendido permanentemente por su familia, y de manera muy especial por su madre. Ignacio mantuvo una cercanísima amistad con la Comunidad de Oblatos de Manquehue, especialmente los hombres célibes. Murió con una paz muy notable el día 11 de febrero, fiesta de nuestra Señora de Lourdes, del año 2023, entre familiares y amigos, en la localidad de “El Sauce de Leyda”, Chile»³.

¹ Trad. del inglés de la Hna. Nadia Bastias, osb (Monasterio Gaudium Mariae, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina). Revisión de Jonathan Perry y Anthony Dore del MAM.

² El padre Dominic Milroy nació en 1932 y se educó en el colegio de Ampleforth. En 1950 ingresó en la comunidad de Ampleforth como monje benedictino. En 1974 fue nombrado prior del Colegio Benedictino Internacional de San Anselmo en Roma, a cargo de una comunidad de alrededor de 150 monjes. Desde 1980 hasta 1992, fue rector de Ampleforth College, y en 1992 fue presidente de la Conferencia de Rectores. A partir del año 1992 colaboró activamente, tanto en el ámbito monástico como en el educativo, predicando retiros (en su país y en el exterior), y como disertante en conferencias y cursos de capacitación. Falleció el 1º de enero del año 2019.

³ Nota redactada por el MAM. En la publicación del Movimiento llamada “Boletín de San José”, n. 16, 2023, se publican algunos testimonios y fotos que completan el aporte del P. Dominic (N.d.R.).

Cada vez que recuerdo a Ignacio, pienso también en el capítulo 12 de la *Segunda Carta de san Pablo a los Corintios*: «... Para que no me engría..., me fue dado un aguijón en mi carne... Por ese motivo tres veces rogué al Señor que (lo) alejase de mí. Pero Él me dijo: “Mi gracia te basta, porque mi fuerza se realiza en la debilidad”» (2 Co 12,7-9). Nadie sabe exactamente de qué se trataba esa espina en la carne que tanto le pesaba a san Pablo, pero lo inspiró en algunas de sus más profundas enseñanzas. Cuando conocí a José Manuel por primera vez en 1981, me quedé prendado por una paradoja: el contraste y la tensión entre su energía espiritual e intelectual, por un lado, y su discapacidad física por el otro. No sabía en ese momento que esa paradoja sería renovada y profundizada por la enfermedad que más tarde golpearía a su familia. La gravedad de la discapacidad física de Ignacio ha sido, realmente, una espina en la carne, tanto para su familia como para el Movimiento, y sus efectos han sido similares a los que san Pablo describe. En lugar de ser solo una carga, se ha convertido en la inspiración evangélica en el corazón mismo de la vida del Movimiento Apostólico Manquehue (MAM). El Movimiento es aun joven y tiene toda la energía y la esperanza de la juventud. A nivel humano, ha sido bendecido con un gran éxito. No ha tenido que cargar con la experiencia del deterioro o de la muerte. Sin embargo, ha tenido, en su mismo núcleo, el desafío del dolor y la impotencia física.

La presencia de Ignacio ha forjado un vínculo extraordinario y sólido entre la familia de José Manuel y el Movimiento que él ha fundado. Sin Ignacio, indudablemente hubiese existido un fuerte lazo de amistad y propósitos comunes entre la familia y el Movimiento, pero no creo que la familia de José Manuel y su hogar hubieran desempeñado el mismo rol en la vida del Movimiento, consolidado por el cuidado amoroso común

por Ignacio que se ha convertido en parte de la vida de los Oblatos. Ni el mismo Ignacio se habría sentido invitado o animado a hacer de su propia vida de oración un elemento tan central en el día a día de la vida del Movimiento. Los Oblatos, compartiendo una misión eclesial, están también comprometidos en el trabajo concreto de la amistad y la caridad. Es mediante Ignacio que el cargar la Cruz se ha vuelto una fuente misteriosa e ineludible de bendición.

Ya he mencionado la propia discapacidad física de José Manuel, que lo hace también dependiente de la ayuda práctica de los demás. El Salmo 146 nos dice, en una traducción literal, que “Dios no se complace en las piernas de un hombre”. La fuerza física y la belleza son, por supuesto, cosas muy buenas en sí mismas, pero en las Biblias hebreas y cristianas se le da gran importancia a la dimensión espiritual que puede ser abierta por la debilidad física. En el caso de José Manuel, ha sido siempre evidente que su discapacidad física de algún modo aumenta su elocuencia en el uso de las palabras. Ignacio es profundamente diferente. Su debilidad física es acompañada por un silencio impuesto. Su completa incapacidad de traducir sus pensamientos en palabras y su privación de los medios humanos ordinarios de comunicación, nos recuerdan el poder redentor de Cristo mismo revelado no solo en sus palabras sino en sus silencios. A pesar de las famosas “Últimas palabras en la Cruz”, la agonía de la Palabra hecha carne es sobre todo una agonía silenciosa.

El silencio de Cristo ante Pilato es un silencio elocuente. De modo similar, el silencio de Ignacio es, en el corazón del Movimiento, un silencio elocuente. Es un silencio que puede ser conocido e interpretado por aquellos que lo aman y lo cuidan. Él tiene su propio lenguaje, especialmente sobre las cosas verdaderamente

importantes. Fue por un momento de especial elocuencia que yo mismo pude, por primera vez, apreciar la profundidad de su percepción sobre las cosas importantes. Antes de ese momento, en mis bastante espaciadas visitas a Chile, creo que había notado, por encima de todo, el aislamiento y la completa dependencia de su madre y de otros que lo conocían bien, en caso de que él tuviera intención de comunicar lo que estaba pensando o sintiendo.

Él estaba presente cuando José Manuel me preguntó si creía que él estaba preparado para la Primera Comunión. Ciertamente, él estaba en una edad en la que la Primera Comunión hubiera sido normal, pero parecía bastante natural preguntarse si su enfermedad le había permitido estar suficientemente preparado. En ese momento, el Espíritu Santo me inspiró a decir que yo estaba seguro de que Ignacio conocía mucho más de la Eucaristía que muchos de nosotros y que no tenía ninguna duda de que él estaba más que listo para recibir el Sacramento, y para compartir la dimensión sacramental de la vida de su familia y del Movimiento. Se hizo evidente que Ignacio estaba escuchando con atención la conversación, porque, como el pequeño Juan Bautista en el seno de Isabel, él saltó de alegría. Después, compramos en el Monasterio una serie de imágenes de la vida de Cristo, y con Ignacio preparamos su recepción del sacramento el domingo de Pascua.

No cabe duda de que en ese momento Ignacio tomó posesión de la alegría pascual que nunca lo abandonó. Es el mismo gozo pascual que inspira la vida del MAM. Como Pablo insiste en ambas cartas a los corintios, nuestro acceso a esta alegría se vincula profundamente con nuestra percepción de la propia debilidad. A primera vista, se puede pensar que las tres dimensiones esenciales de la vida del MAM son amistad, misión eclesial y *lectio*. Existe una

cuarta dimensión esencial: nuestra convicción de que dependemos totalmente de Dios, “cuando soy débil entonces es cuando soy fuerte”. La vida orante de Ignacio es un recordatorio constante de que este conocimiento de nuestra impotencia está en el centro de nuestra búsqueda común de la santidad. Esto es útil como correctivo a la tentación del éxito humano. El MAM tiene un inmenso caudal de talento humano, inteligencia y buena teología. Se ha convertido en una organización compleja y bien gestionada. Pero su secreto más íntimo es muy simple: saber cómo dar y recibir amor.

Cuando al comienzo conocí a Ignacio, él era un niño. Desde entonces se hizo un muchacho y un hombre. Él tuvo que enfrentar todas estas transiciones en completa dependencia de los demás. Enfrentó todas las tentaciones habituales, pero en su vida no hubo lugar para la simulación, la falsa independencia o la evasión. Podría ser fácil pensar que simplemente él conservó la espiritualidad del niño. No es el caso. Aquellos que lo conocen bien han visto cómo sus reacciones fueron purificadas, en el fuego de su propio sufrimiento, para convertirlas en la fe firme y la oración de un adulto.



Nada de esto puede ser medido en términos puramente humanos. Por las prioridades de un mundo secular, podría discutirse que hubiera sido mejor si Ignacio no hubiera nacido. Por las prioridades del Evangelio, su vida fue extraordinariamente valiosa, no solo para él mismo, sino para todos los que lo han conocido y que encuentran en él una fuente de fortaleza, de un modo invisible e incalculable. Su presencia en la familia, en el Movimiento y en la amplia comunidad de la Iglesia universal pone todo lo demás en perspectiva. Para todos nosotros, el misterio pascual se trata siempre de la relación entre la muerte y la resurrección. Comunidades (como la mía propia) que son más antiguas que el MAM han tenido una experiencia regular de la muerte y el duelo como recordatorios del significado final de la vida humana. MAM no ha tenido aún este privilegio paradójico. En su lugar, ha tenido la experiencia, cada día, de compartir la imagen de la vida, la muerte y resurrección que les fue regalada en la presencia de Ignacio. Su amistad cuenta como uno de los grandes privilegios de mi vida.

19 de mayo de 2009